



del tango, que tantas veces asoma en Carlos Gardel, tal vez exprese añoranzas de lo perdido, de la inocencia ajusticiada por el paso del tiempo. Elocuente y hasta patética puede notarse en la interpretación de *Volver*, cuya música le pertenece sobre letra de Alfredo Le Pera. Se cuenta que en aquel transatlántico de utilería, rolando en un mar simulado bajo la nieve que caía en Nueva York, cuando cantó *Volver* en la filmación, utileros, periodistas, actores, camarógrafos y gente que merodeaba por ahí suspendió su trabajo para aplaudirlo, contagiados de la emoción que abrazó al intérprete.

Quizá nosotros, testigos lejanos de su memoria, sabuesos de las aún imperfectas grabaciones que dejó, caminamos con la sensación de que Carlos Gardel canta un tango interminable. Que podría cantar tantos de los muchos que se escribieron después. Letras

Los restos de Carlos Gardel. Buenos Aires, calle Corrientes, año 1936.

que encienden el reflexivo cigarrillo y hasta lo apagan como un tiro de final. Probablemente, Carlos Gardel observaría que su creación absoluta, el tango-canción, ha enderezado sus palabras hacia indagaciones más filosóficas, hacia un «mayor chamuyo» consigo mismo en lenguaje agónico o literario. Quizá sentiría que hay dos tiempos: uno donde el cantante, siendo una cuerda más de la orquesta, logró hacer bailar a la gente, cosa esta que le podría alcanzar para un asombro casero, o un desdén. Y el otro tiempo, donde los cantantes —escasísimos— nos ponen sañudos, introvertidos hasta el hermetismo. Pero sabría Gardel que el genuino tango, aquel que cuenta una historia, un drama de vida, pasión y muerte, está en los que él cantaba, en los matinales de la larga epopeya del tango-canción, con setenta años de perseverancia.

El seis de noviembre de 1933, Carlos Gardel registró sus últimas grabaciones realizadas en Buenos Aires.

Al día siguiente, redactó y firmó su testamento ológrafo, donde asegura que nació en Toulouse el once de diciembre de 1890. Y que era hijo de Berthe Gardes, a quien nombra heredera universal. No debe suma alguna y perdona todo lo que le deben.

En el mismo día, siete de noviembre de 1933, festejó su despedida a bordo del barco «Conte Biancamano» que lo trasladó a Europa. Nunca más volvió a ver Buenos Aires.

Después de las películas filmadas en París y Nueva York, inició la última gira de su vida. Puerto Rico, Antillas Menores, Venezuela, Colombia... Hay historiadores que comentan que nunca se había visto en ese mundo de América tal honor de multitudes frente a personaje alguno... Al parecer, el Gobernador de Puerto Rico, como el entonces dictador de Venezuela, lo advirtieron mostrándose reverentes ante el cantante y pugnando por salir en las fotografías junto a él. Gentes de diversos orígenes se apiñaban, deliraban, rompían cercos policiales para acercarse a Carlos Gardel. En su última presentación pública, en los estudios de la emisora *La Voz de La Víctor*, en Bogotá, visiblemente emocionado expresaba ante la anhelante multitud que lo aplaudía: «...Gracias amigos... muchas gracias por tanta amabilidad (...). No sé si volveré, porque el hombre propone y Dios dispone (...). No puedo decirles adiós, sino hasta siempre... hasta siempre, mis amigos». Después hay abundantes fotografías y crónicas periodísticas... En la última fotografía un inocultable gesto de cansancio o de preocupación.

A los quince días, el veinticuatro de junio de 1935, Carlos Gardel emprendería su último viaje, el de retorno a la luna de nuestros discos.

En autobuses urbanos y de larga distancia, en los talleres, en almacenes y oficinas, en clubes y casas americanas, Gardel sonríe o canta. Más allá de las fronteras de Argentina el mito gardeliano vive con un fervor que vence las cinco décadas de su muerte. En 1986 los periódicos del mundo comentaron que en Medellín, Colombia, en un episodio de «tragos y tangos», según el informe policial, tres muertos acabaron una disputa entre partidarios del tango y los partidarios de otros ritmos. Ocurrió el veinticuatro de junio durante la celebración del aniversario de la aciaga muerte de Carlos Gardel.

Es sabido que en muchos países, para tal fecha, habrá, como todos los años, exhibición de sus películas, notas en los periódicos, reportajes en la televisión, recordatorios radia-



*El bronce que sonríe, la estatua de Carlos Gardel en el cementerio de La Chacarita, Buenos Aires*

les. No faltarán quienes enciendan la vela votiva que alumbre su alma en el mundo de las sombras: el mismo rito que se cumple con los antepasados más entrañables. Es que Carlos Gardel siempre vuelve universales aquellos poemas que dibujan la leyenda de las ciudades que nacieron en las ilusiones de este siglo. Su centro de gravedad, Buenos Aires; su irradiación, el mundo latino, el sajón, y hasta lejanos puntos del planeta como Japón o Filipinas. El significado de las letras en el primero, las inflexiones de la voz en todos.

Se ha dicho que representó una especie de modelo —¿pater noster?— para las aspiraciones de cierto arte popular. Es curioso que revistiera algunos rasgos básicos que conformaron la leyenda de los personajes primigenios, profetas para unos pueblos, héroes de raíz épica para otros. El nacimiento en precarias condiciones, de padre oscuro o desconocido, infancia humilde e identificable con el más anónimo comienzo. Así en los primeros pasos de Sargón, Gilgamés, Moisés, Rómulo, Jesús, etcétera, nos ilustran acerca de una infancia amenazada, donde la huida de los padres o el milagroso encuentro de la cesta portadora del niño por unos pastores, permite la sobrevivencia infantil del héroe. Probablemente doña Berta —de oficio planchadora— buscara Sudamérica, llevando a su vástago de tres años, para salvarlo de la miseria y del «pecaminoso origen». Luego el niño creció ejercitando su don natural (¿o sobrenatural?). Lucha contra las adversidades del destino. Triunfa de forma estelar y, finalmente, como Ícaro, volando cerca del Sol es abatido, traspasado a la inmortalidad por el fuego trágico, el veinticuatro de junio de 1935.

Qué inefable intuición acompañó al artista en el conocimiento de este *modus operandi* mítico es cuestión que nos asombra. Sabemos que deliberadamente trató de «mezclar las cartas» en la precisiones acerca de su nacimiento, origen, infancia y juventud primera y, varios temas personales. El periplo del triunfo era y es una historia luminosa para todos. Y la permanente ascesis, el ejercicio para mejorar y multiplicar sus dotes excepcionales, también conocida y nunca ocultada.

En el cementerio de La Chacarita, en Buenos Aires, donde sus restos descansan, hay un monumento a Carlos Gardel que visitan miles de fervorosos seguidores. Entre los dedos de la estatua no falta un cigarrillo encendido, para demostrar que el astro continúa vivo en el mundo de los deseos y la veneración. Es la testificación que el pueblo ejerce, la vela encendida por la urbe moderna, destinada a corroborar que su artista sigue fumando a perpetuidad. Tranquilo y simpático vencedor del paso del tiempo, en los hombres y en las cosas; advirtiendo a sus conciudadanos, según una leyenda que puede leerse en algunos muros de Buenos Aires: «No me lloren, crezcan».

**Rafael Flores**